

ALEXANDER NEVSKI (Aleksandr Nevskii, 1938)

DIRECTORES: **Sergei Eisenstein** y **D. I. Vassiliev**. MÚSICA: **Sergei Prokofiev**

PRODUCTORA: Amkino (URSS).

GUIÓN Y MONTAJE: Piotr A. Pavlenko y Sergei Eisenstein.

FOTOGRAFÍA: Édouard Tissé.

INTÉRPRETES: Nikolai Gherkassov, Nikolai Oklopkov, Alexander Abrikosov, Dmitri Orlov

SINOPSIS

La acción transcurre en los estados rusos del siglo XIII Novgorod es atacada por hordas de mongoles y teutones. Ante esta invasión, el pueblo recurre al príncipe Alexander Nevski, quien armando pacientemente a los campesinos y reuniendo un ejército desafía a las órdenes Teutónicas. Al final, tártaros y germanos serán aniquilados y expulsados.

LA PELÍCULA EN LA HISTORIA DEL CINE

Obra importante del maestro Eisenstein (1898-1948), tanto por su estilizada puesta en escena como por su rica composición gráfica llena de connotaciones simbólicas. Su rodaje se prolongó a lo largo de dos años, y el deseo de acabarla antes de nuevos conflictos con la censura motivó que la famosa batalla del hielo se reprodujera en pleno verano y bajo un sol bochornoso, con toda una pradera cubierta de silicato de sodio en lugar de nieve.

La película fue prohibida cuando Stalin firmó el tratado de no agresión con Hitler, pero cuando en 1941 los ejércitos nazis invadieron URSS, se convirtió en un estandarte nacional y una advertencia sobre las consecuencias de una intrusión sobre el suelo ruso.

Rodada 10 años después de su última gran película muda (Octubre, 1928), Alexander Nevsky es el primer trabajo de Eisenstein en el cine sonoro y supone una "naturalización" del estilo del cineasta sin por ello abandonar una metodología de trabajo a partir de una estudiadísima puesta en escena en la que cada plano opera dinámicamente con el plano anterior, obteniendo a través de su interacción (su "yuxtaposición") una "emoción surgida dinámicamente". Esta técnica, que en sus célebres títulos mudos fue llevada hasta sus últimas consecuencias (llegando para muchos a anteponer los aspectos formales por encima de los temáticos), se ve sensiblemente alterada con la llegada del sonoro, lo que lleva a Eisenstein (minucioso teórico del lenguaje cinematográfico) a una profunda revisión los principales preceptos de sus teorías artísticas a fin de adaptarlas a las nuevas posibilidades del cinematógrafo. Un proceso de revisión metodológica que explica en parte (existen también motivos políticos) el largo período de diez años que transcurrió entre su último trabajo y el estreno de Alexander Nevsky, en 1938.

Película "de encargo" (casi toda la obra de Eisenstein lo fue, aunque, como veremos más adelante, ello no implicara necesariamente una actitud dócil del director para con el poder) para ensalzar las virtudes del pueblo ruso frente a las ansias expansionistas de la Alemania nazi, Alexander Nevsky narra la épica batalla del lago de Hudskoye, en 1242, en la que el príncipe Alexander, al mando del ejército de Novgorod (formado básicamente por gente del pueblo) derrotó a las tropas teutónicas que pretendían conquistar la ciudad. A partir de este acontecimiento histórico, la película traza un paralelismo de los hechos narrados con la situación política del momento con una doble finalidad propagandista: por un lado, como advertencia al enemigo exterior; y por otro, para exaltar a la población ante la perspectiva de un conflicto bélico que habría de requerir grandes sacrificios del pueblo soviético. Pero lo que hace de Alexander Nevsky una obra única no es lógicamente su voluntad propagandista, sino la potencia de sus imágenes y su extraordinaria puesta en escena (fruto de la

depuración formal a la que ha sido sometida por Eisenstein) que logra trascender el proyecto de encargo para convertir la película en una de las cimas de la filmografía de su autor.

Las primeras imágenes de la película son absolutamente ejemplares en este sentido: tras unos títulos que nos sitúan en el momento histórico concreto, con una Rusia que acaba de librar una batalla contra los mongoles y asediada ahora por las tropas teutónicas, Eisenstein nos muestra en apenas cuatro planos las consecuencias de la guerra recién finalizada. Son cuatro tomas con imágenes de esqueletos humanos y de animales sobre un campo de batalla, que van del plano general hasta un plano corto con dos calaveras que destacan, blanquísimas, entre la hierba, un casco y una flecha (indemnes estos últimos al paso del tiempo), para finalizar con un quinto y último plano de una extensa pradera: la tierra rusa ansiada por los invasores. Es difícil expresar con palabras la potencia simbólica de estas imágenes. Baste decir que con total economía de recursos y un absoluto dominio de la composición, Eisenstein obra el milagro de hacer 'sentir' al espectador, en solo cinco planos, las consecuencias de la guerra y la incertidumbre ante la posibilidad de una nueva contienda.

Tras este excepcional inicio, Eisenstein nos presenta al príncipe Alexander como un sencillo pescador, identificando al héroe como un "hombre del pueblo". La llegada de unos tártaros que exigen a los pescadores muestras de su vasallaje, y la orgullosa reacción del príncipe Alexander, obligando a deponer la altiva actitud de los tártaros únicamente con su nombre (y las gestas ligadas a éste: "el que venció a los suecos en el Neva"), nos demuestra que nos encontramos ante la figura de un líder que infunde respeto con su sola presencia.

Esta idea de 'líder del pueblo' es importante, por cuanto en la siguiente escena Eisenstein nos muestra la ciudad de Novgorod sometida a los intereses de la élite política rusa, partidaria de pactar con el enemigo mediante concesiones económicas. Actitud que choca directamente con la voluntad del pueblo, dispuesto a defender la nación ante el invasor y que reclama la necesidad de "grandes hombres" que lideren la resistencia. Vemos aquí, como la obra de exaltación de los valores del pueblo ruso se convierte también en una dura crítica a las élites del poder, más preocupadas en salvaguardar sus intereses que en la defensa de la nación rusa, en lo que no es difícil ver una clara carga de profundidad del director contra el régimen político soviético (no en vano, parece ser que el propio Stalin ordenó suprimir un rollo entero del metraje de la película, descontento con la visión del poder que en él se ofrecía).

Una vez al mando de un ejército formado por el pueblo de Novgorod, el príncipe Alexander se dirige al encuentro de las tropas teutónicas para librar la famosa batalla del hielo que ocupa el último tercio de la película (fotograma 4). Apoyado en la espléndida partitura que Prokofiev compuso para la película, el director plantea una puesta en escena que dialoga literalmente con la banda sonora, adecuándose al ritmo de la música unas veces y marcándolo mediante el montaje en otras, tal como explica el mismo Eisenstein: "A Prokofiev y a mí nos gusta entregarnos a interminables regateos para ver 'a quién le toca', si hay que escribir la música a partir de fragmentos de la película que se montarán luego siguiendo la partitura, o bien efectuar primero el montaje de la escena y componerla después. La dificultad recae, en efecto, sobre quien debe abrir el fuego: hallar el ritmo de la escena"(Reflexiones de un cineasta).

Sea como sea, la larguísima secuencia de la batalla en el hielo supone la culminación formal de la obra cinematográfica de Eisenstein, gracias a una puesta en escena que sigue al pie de la letra una minuciosa planificación (no existen segundas unidades para tomas 'de relleno' en Eisenstein) en la que cada plano funciona como una unidad mínima de significado que, al interaccionar con los planos anterior y posterior, adquiere un nuevo sentido y genera esa 'emoción dinámica' a la que aludía el realizador. Una emoción que hace de esta secuencia una de las más sublimes escenas bélicas jamás filmadas, cuya influencia se puede percibir en posteriores obras tan dispares como Espartaco (Stanley Kubrick, 1960), El imperio contraataca (Richard Marquand, 1980) o Enrique V (Kenneth Branagh, 1989), aunque ninguna de ellas alcanzara ni mucho menos la excelencia que el maestro Eisenstein imprimió a sus imágenes.

LA BANDA SONORA

Sergei Prokofiev es uno de los casos más significativos de compositores clásicos que se adentraron en el mundo de la música de cine. Al igual que Walton, Korngold, Kachaturian o Shostakovich, Prokofiev no se prodigó en este campo, pero con menos de diez partituras dejó una huella importante en el séptimo arte. Junto con las dos partes de Iván el Terrible (1942-1946), Alexander Nevski es su obra más famosa; su relación con Eisenstein era tan estrecha que algunas partes de la música fueron creadas con anterioridad a las imágenes de tal forma que estas eran luego montadas en atención a la partitura. El resultado fue una notable coordinación entre los dos elementos que alcanza sus cotas más altas en la famosa secuencia de la batalla en el lago Chudskoye. Prokofiev utilizó también melodías cercanas al folklore tradicional ruso, que en forma de himnos y cánticos indican el ferviente apoyo del pueblo ruso al príncipe Nevski.

Al inicio del film, y después de mostrar un campo desolado lleno de esqueletos ocasionados por el yugo mongol, la vida de los pescadores del lago Plescheev da pie a la primera canción, que alude a la victoria de Nevski sobre los suecos en el río Neva. Más tarde, y en una secuencia espléndida, coros masculinos y femeninos entonan otro vigoroso y entusiasta tema mientras en Novgorod todos se preparan para luchar contra los alemanes; los textos hacen referencia a la defensa de la madre patria, la tierra rusa y la necesidad de unirse contra cualquiera que intente invadir tales territorios.

En oposición al agradable melodismo y a los ritmos folklóricos que definen musicalmente al pueblo ruso, las tropas teutonas son acompañadas de temas disonantes y sonidos graves, que acentúan su carácter amenazador y despiadado. El órgano y los siniestros cánticos religiosos de los caballeros alemanes ofrecen una imagen mucho más tétrica de éstos. En la ciudad conquistada de Pskov, el tratamiento musical para las tropas invasoras contrasta con el temor y el dramatismo de los prisioneros rusos, que acaban siendo masacrados mientras los niños son arrojados a la hoguera. En la citada batalla del lago Chudskoye la embestida de los jinetes alemanes es subrayada por Prokofiev con un marcado ritmo, el amenazador sonido de la percusión y los metales y un breve canto en latín que anima a los invasores.

El contacto entre los dos ejércitos interrumpe la música, dejando paso al ruido de las espadas y los gritos de los combatientes; pero cuando Nevski se une a la lucha con otra sección del ejército, un tono más dinámico expresa el arrollador empuje de los rusos y el primer paso hacia la victoria. De nuevo, los planos de los hombres en combate también carecen de apoyo musical, hasta que Nevski inicia una pelea con el Maestre teutón; en el duelo entre ambos, la fuerza dramática del tema se ve aumentada con unos tintineos sugeridos por el choque de las dos espadas. La derrota del cabecilla alemán recupera el tema victorioso de los rusos, que ahora sirve para ilustrar la desesperada huida de los alemanes. Cuando el hielo bajo sus pies se resquebraja y empiezan a hundirse, los tambores indican el fin de la batalla, y una trompeta crea cierto efecto cómico mientras el último soldado desaparece bajo el hielo.

Tras la batalla, un silencioso campo repleto de cadáveres es recorrido por las mujeres que buscan a sus conocidos y familiares. El desolador aspecto del terreno es realzado con el delicado sonido de los violines, y la voz de una mezzo-soprano entona un canto a modo de lamento alabando a los guerreros que han dado su vida por Rusia.

Una vez liberada la ciudad de Pskov, otro himno celebra la victoria e insiste en que ningún enemigo podrá jamás invadir Rusia. El rotundo éxito del film y la calidad de la música de Prokofiev impulsaron al compositor a convertir el material en una cantata (Opus 78).

Hoy se considera ya una pieza clásica y es interpretada por las más prestigiosas orquestas sin que haya perdido en absoluto su poder de fascinación.